




El radar de los murciélagos

La autora ofrece un relato que hace parte de su libro *Gestos hurtados*, publicado recientemente por el Fondo Editorial de Eafit.

ESTHER FLEISACHER

Frente al balcón de mi apartamento, donde vivo hace más de diez años, hay un almendro siempre frondoso con hojas que empiezan verdes, se vuelven amarillas, pasan a rojo y, ya en el piso o encima de los carros, terminan de un café-marchito, y cuando esto sucede el árbol ya está otra vez colmado de hojas verde-nuevo. El almendro frente a mi balcón hace de percha de murciélagos que en la noche giran y piruetean en el parqueadero. Y yo agradezco estar adentro porque no me gustaría que uno se chocara conmigo, pero no se chocan porque tienen algo que se asemeja a un radar, es decir, se orientan por medio de la ecolocación; o más bien los radares se asemejan a lo que los murciélagos han tenido desde siempre, desde antes de ser descubiertos-inventados estos aparatos.

Nunca ningún vecino ha pedido que exterminen o erradiquen a los murciélagos, a diferencia de la queja por los gatos que rompen las bolsas de leche que ponen los ronderos en la madrugada en el piso delante de la puerta

de cada apartamento; y nadie, antes de irse a la cama, acoge el pedido de la administración de poner en el rellano el recipiente con tapa para que la leche y el queso queden a salvo de gatos. Dicen que las rompen. No lo sé, no compro lácteos. Pero alguien, que se quejó o no se quejó, tomó la solución en sus manos y envenenó a los gatos. Ya no los veo desde la ventana de mi estudio correr o dormitar libres en el barranco verde de hierba alta.

Pero una noche a un murciélagos le falló el radar, y a pesar de las luces encendidas irrumpió en mi apartamento cuando celebrábamos el grado de Renata, mi sobrina. Algo no concuerda, se supone que estos mamíferos alados huyen de la luz. Y me entró ese miedo irreprimible de que se chocara contra las paredes o la ventana cerrada, donde la última vez un pájaro que entró por el balcón no pudo salir al verde que prometía el ventanal y quedó inerte en el piso del comedor. Y las lágrimas se me salieron porque me pareció triste que la tórtola feliz en su vuelo fuera engañada por la

transparencia del vidrio. Y cuando el murciélagos que chillaba y chillaba daba vueltas por la sala, el comedor y la cocina, yo repetía para adentro “que no, que no se vaya a chocar, que no se vaya a morir, que no soporto los cuerpos que no respiran”. Y apagamos todas las luces a ver si el radar le funcionaba y se iba. Pero no, seguía dando tumbos y chillando, no con el ímpetu del pájaro, por fortuna; pero sí dejando sus rastros en las paredes: ¿orines, vómito? Y abrimos la puerta del balcón de par en par para que encontrara más fácil la salida con radar o sin él. Finalmente, mi amiga Pilar, la única que no perdió la calma, le ayudó a salir. Amparada detrás de la puerta, no vi cómo lo guió a la noche abierta.

Desde entonces, pienso que quisiera escribir un poema que como una oración pida que el radar de los murciélagos sea perfecto, que los pájaros no se dejen engañar por la transparencia de los vidrios y que los vecinos que odian a los gatos miren al cielo y logren descubrir las formas de las nubes